

Establecido en 1976

Jodie Foster: “Si a los sesenta no aceptas que envejeces y que te vas a morir, tienes un problema serio”

el Latino Semanal

Es un cuerpo pequeño que domina la escena sin levantar la voz, una autoridad silenciosa. En un discreto hotel de cinco estrellas escondido en un lateral de los Campos Elíseos, Jodie Foster aparece envuelta en la luz oblicua que se filtra por las persianas e ilumina una habitación pintada en colores terracota y antracita, los tonos convertidos en el nuevo estándar del lujo internacional. Lleva un esmoquin gris perla de corte masculino diseñado por Thom Browne, de esos que parecen trazados con regla; una camisa blanca abotonada hasta el cuello y una corbata ancha y centrada. El corte recto de su melena y su perfil puntiagudo prolongan la geometría del conjunto. Todo en ella sugiere control y rigor, pero también algo más difícil de definir, un insondable misterio.

A la actriz la acompañan su estilista y su publicista de toda la vida, un pequeño clan que la protege desde hace décadas. Se sienta en el sofá y posa, serena y aplicada, para el fotógrafo. Cuando su cámara analógica dispara, con el clic seco y reconocible del obturador, sonríe con esa media mueca tan suya, a medio camino entre la ironía y la melancolía: “Hacía muchos años que no escuchaba ese ruidito”. Sus mocasines dejan entrever unos tobillos pálidos que podrían ser de niña o de anciana. Su rostro muestra los pliegues propios de una mujer de

“Quise que me respetaran por mi cerebro, no por mi aspecto”, dice Jodie Foster



su edad, una rareza en Hollywood. Cumplirá 63 años al día siguiente de la entrevista, pero sigue siendo la misma criatura, extraña y fascinante, que ya era en sus comienzos.

Foster está en París para presentar su nueva película, *Vida privada*, de la directora Rebecca Zlotowski, que se estrena el viernes que viene en las salas españolas. Interpreta a una psicoanalista estadounidense instalada en la capital francesa que atraviesa una crisis profesional y personal. Tras la sospechosa muerte de una de sus pacientes, emprende una investigación que la obligará a observar su vida con la misma lucidez con la que analiza a

los demás. Lo que empieza como un caso policial acaba convirtiéndose en el retrato íntimo de un personaje que, en el último tercio de la existencia, se ve forzado a revisar quién es y qué ha hecho con su tiempo. Su Lilian recuerda por momentos a las heroínas neuróticas de Diane Keaton en las viejas comedias de Woody Allen: mujeres que se ponían a resolver un misterioso asesinato solo porque necesitaban volver a sentir algo.

Jodie Foster posa antes de la entrevista en un hotel de París, enfundada en un traje del diseñador Thom Browne. Gorka Postigo Foster ya había rodado otras veces en Francia

—una con Claude Chabrol y otra con Jean-Pierre Jeunet, el director de *Amélie*—, pero este parece su primer gran papel en ese idioma, que domina desde niña gracias a sus estudios en el Liceo Francés de Los Ángeles. Eso ha llevado a los autóctonos a adoptarla como hija pródiga: pocas cosas gustan más en Francia que un extranjero capaz de pronunciar sus endiabladas vocales sin acento (y pocas molestan más que lo contrario). Ella, autoexigente hasta el extremo, asegura que no es tan bilingüe como se dice. “En francés mi voz es más aguda, improvisto peor y me siento menos segura. Es como si me convirtiera

en otra persona ante la cámara”, cuenta. Confiesa que se parece a Lilian, su personaje, en algunas cosas. “Como ella, puedo ser controladora. Puedo ser muy intelectual y un poco ensimismada. Todas esas cosas que somos las mujeres modernas...”, ironiza. En otras, en cambio, están en las antípodas. En la película, la psicoanalista arrastra un problema en el ojo, una irritación persistente que le hace llorar sin darse cuenta, como si el cuerpo intentara advertirle de algún malestar interior. Ella no. “No soy de llorar. En la vida, quiero decir. Lloro en el cine, con las partes felices y con las tristes. Pero en la vida, no sé por

qué, simplemente no lloro. Y alguien decidió que me convirtiera en actriz. En los guiones siempre hay una parte donde pone: ‘La mujer llora’. Es una broma cruel”.

Aun así, en *Vida privada* la distancia entre papel y persona parece haberse acortado. Su personaje comparte con ella su edad, su humor cáustico y un matiz criptolésbico que Foster ya no necesita disimular, como ocurría en la reciente *Nyad*, con la que obtuvo su última nominación al Oscar. Vuelve a ser una mujer que se enfrenta sola a su entorno, un nuevo ejemplo en una larga galería de personajes: heroínas inteligentes movidas por una mezcla de fe y resistencia, convencidas de que el mundo está organizado en su contra y, aun así, incapaces de aceptar ese orden natural. En *Acusados* (1988), con la que ganó su primer Oscar, interpretaba a una víctima de violación colectiva que se rebelaba contra el sistema judicial. En *El silencio de los corderos* (1991), segunda estatuilla antes de cumplir los 30, encarnaba a Clarice Starling, joven agente del FBI que se abría paso en un universo masculino y hostil con la complicidad ambigua de Hannibal Lecter. Y en *Contact* (1997) daba vida a una científica que defendía su fe en la vida extraterrestre ante el escepticismo general.

Jodie Foster: “Si a los sesenta no aceptas que envejeces y que te vas a morir, tienes un problema serio”